

6 de
noviem-
bre.

cabo, Pedro no osó resistir, se dirigió á Carlos, y obtuvo de él la paz, entregándole, además de considerables sumas, á Pisa, Liorna, Pietrasanta y otras plazas importantes. Estos actos arbitrarios hicieron crecer la indignación de los Florentinos, y arrojaron á pedradas, declarando traidor y rebelde, á aquel que había vendido vilmente á su país. Reanimaron el entusiasmo patrio Pedro Capponi, Francisco Valori y el fraile Savonarola. Carlos declaró á Pisa libre, después de 87 años de sujeción; de consiguiente la estatua del rey libertador sustituyó al león florentino, y habiendo verificado aquel su entrada en Florencia, « armado él y su caballo con la lanza sobre el muslo, en señal de victoria » (GUICCIARDINI), pretendió tratarla como ciudad conquistada. La Señoría se había rodeado de capitanes aventureros; cada señor había llamado del campo á los aldeanos; y Pedro Capponi, á quien Carlos mostró la escritura de capitulación, la arrojó lejos de sí, y exclamó en respuesta á sus amenazas: « ¡Está bien! Mandad que suenen vuestras trompetas, que nosotros tocarémos nuestras campanas. » Los Franceses, cuyo furor se aplaca cuando encuentran resistencia, pensaron que tanto atrevimiento no podía proceder sino de grandes fuerzas, y entónces se prestaron á condiciones razonables. Vióse entónces que aun no se había extinguido el soplo de la libertad en el pueblo, pues este pudo, sin la complicada política de los Médicis, obtener un convenio ventajoso, aunque velado por dóciles palabras.

Prosiguió Carlos su marcha hácia la Romania, y los señores de aquella comarca, que se habían convertido en aventureros, después de haber assolado la Italia con sus ambiciones rivales, la arruinaban vendiéndose á las de otros; y siempre con las armas en la mano y divididos en facciones, habían ocupado plazas hasta llegar á la vista de Roma. Cada uno de ellos celebró, pues, su tratado aparte; principalmente los Colonna, que se declararon á favor de la Francia. El populacho gritaba: ¡Paz! ¡Paz! Los Napolitanos aliados huyeron, y muchas personas, entre otras Julian de la Rovere, exhortaban á Carlos á convocar un concilio y deponer al pontífice indigno.

Sin embargo, Alejandro logró atraerse la voluntad del rey. Tenía en su poder al príncipe Zizim, aspirante al trono otomano, y el gran turco Bayaceto le había pedido varias veces, aunque en vano, le entregara aquel pretendiente, prometiéndole tronos para él y sus hijos, y hasta ofreciéndole la túnica de Nuestro señor. Carlos deseaba verle en sus manos, como pretexto para declarar la guerra al gran Señor, y Alejandro, no pudiendo negarse á su solicitud, se le entregó, pero envenenado; á lo ménos la fama así lo dice: en seguida mandó publicar en tres lenguas una indulgencia plenaria, concedida al ejército invasor.

1495.

Carlos, después de estar un mes en Roma

manteniéndose fortificado en el palacio de Venecia, acuñando moneda con el título de emperador y dejando que los suyos saqueasen y se entregasen á la lujuria, llamado por los barones, marchó contra Nápoles. La ferocidad de sus guerreros, que en las plazas fronterizas exterminaban poblaciones enteras, y se cebaban en los hospitales cuando no encontraban otro pasto, había abatido el valor de los Italianos y paralizado sus medios de defensa, como si un asesino penetrase, armado del puñal, en una reunión de familia: así, no mostrando « virtud, valor, juicio, deseo de gloria ó de poder, ni fidelidad » (Guicciardini), huían. Alfonso, al presenciar tales reveses, se metió fraile. Fernando, su hijo, cuyas armas habían sido desgraciadas contra los Franceses en tiempo de su primera expedición, viendo estallar donde quiera traiciones, sublevarse al pueblo, y al capitán Jacobo Trivulzio abandonar su servicio por el de la Francia, se refugió en la isla de Ischia, exclamando con el Salmista: « Si el Señor no guarda la ciudad, en vano se cansan los que la custodian. » Carlos, mas feliz que César, venció ántes de ver al enemigo; hizo su entrada en Nápoles con el manto imperial y el globo de oro, para anunciar que Constantinopla formaba parte de sus proyectos. Proponíase, en efecto, darse á la vela en Ótranto para desembarcar en Valona, en la Albania Superior, donde los Esclavones, los Albaneses y los Griegos le tenderían la mano. El arzobispo de Durazzo había reunido armas y tropas; y en Tesalia 5,000 hombres no aguardaban mas que la señal. Pero los Venecianos habían informado al sultán de los preparativos del enemigo y de las tramas de los súbditos, que las expiaron con sangre.

Entretanto los Franceses en Nápoles, desplegando toda la insolencia de su pronta victoria, se indisponían con los Italianos, que se vieron insultados, despojados, vilipendiados: los mismos partidarios de los Angevinos, que se habían lisonjeado con la esperanza de repenirse, no se libraban de los padecimientos comunes. Carlos, ocupado en justas é intrigas amorosas, descontentaba á los nobles, abatiendo la jurisdicción feudal, que se había conservado íntegra en el país, y encargando á Franceses el gobierno de las ciudades y de las fortalezas. Sus soldados, habiendo encontrado dinero, mujeres y placer, se abandonaban á toda clase de licencia; luego, debilitados por tanta lascivia y hartos de oro, anhelaban volver á su patria para contar allí sus proezas, lo que para los Franceses es tan importante como ejecutarlas.

De fuera llegaban todos los días malas noticias, y Carlos tuvo ocasión de aprender que una invasión no disputada no es una conquista y que solo la posesión asegura esta.

En Florencia, después de la expulsión de los Médicis, la bailía quería poner al frente del gobierno á los primos de aquellos descen-

al de
febrero.

dientes de Lorenzo, hermano de Cosme el Anciano, familia popular; pero otros, y en especial Savonarola, deseaban la democracia. Este religioso, que no había cesado de predicar contra los Médicis, y amenazar á la ciudad con el mayor de los azotes, la dominación extranjera, había visto aumentarse su crédito extraordinariamente desde que sus vaticinios se habían cumplido. Los *Piagnoni* ó *Frateschi* se hicieron superiores; eran sin duda demócratas, pero se proponían por modelo á Venecia, cuya constitución se consideraba entónces como una obra maestra de moral, de religion y de libertad. Los principales entre los *Piagnoni* eran Francisco Valori y Pablo Antonio Soderini, al paso que Guido Antonio Vespucci estaba al frente de los oligarcas, que acostumbrados á ejercer los mandos y la magistratura, y deseosos de conservarlos, eran llamados *Compagnacci* (malos compañeros) ó *Arrabbiati* (rabiosos) por sus gritos contra la versatilidad é imprudencia de la plebe. Los *Palleschi* ó *Bigi* (grises) partidarios de los Médicis, ó mas bien opuestos á reformar las costumbres, se acercaban alguna vez á los *Piagnoni*, solo porque eran enemigos de la bailía.

Este cuerpo había sido renovado segun el antiguo método, es decir, por elección del pueblo reunido en la plaza, y no de los veinte escrutadores (*accoppiatori*), destinados á *tener las bolsas*, es decir, á hacer la elección, fué Lorenzo de Médicis, en clase de vecino. La autoridad soberana quedaba de esta manera reducida á un pequeño número de individuos, que no pudiendo, sin embargo, ponerse de acuerdo, verificaban escrutinios sin fin y perdían toda su influencia. Savonarola, que gritaba contra ellos, hizo al fin triunfar la proposición de admitir en la asamblea general á todos aquellos cuyos padres, abuelos y bisabuelos habían gozado de los derechos de ciudadanos. Su triunfo fué exento de toda mancha; pues el fraile, al declarar que por la primera vez iban á llevarse á cabo elecciones populares, publicó una completa amnistía.

Pisa se reformaba también borrando las huellas de la dominación florentina; Montepulciano sacudió igualmente esta. Pero aunque Carlos VIII no mostró ninguna consideración á los Florentinos, y negoció con Pedro de Médicis, aquellos le permanecieron adictos, por sugestión de Savonarola, y no se atrevieron á unirse á los demás descontentos.

En efecto, los Franceses se habían atraído el ódio general en el resto de Italia, desde que se temió que aspiraban á dominar allí. Luis el Moro, una vez satisfecha su ambición, no tardó en conocer que el trono no es un puesto á propósito para el descanso, y concebía recelos, tanto de los derechos que el duque de Orleans hacía valer respecto del Milanesado en clase de descendiente de Valentina Visconti, como del favor que Jacobo Trivulzio, su enemigo, y los emigrados de Génova habían adquirido al lado

de Carlos. Maximiliano consideraba vejados sus derechos imperiales, y Fernando el Católico tenía las pretensiones de la casa de Anjou á la Sicilia.

Venecia, que no había querido creer al principio en la bajada de los Franceses (1), se constituyó en centro de los descontentos, formó una liga entre ellos, tomó á sueldo á cuantos capitanes aventureros había en Italia (2), y llamó en su auxilio hasta los Turcos; pero Carlos consiguió atajarles el paso, advertido de todo por el historiador Commines, que heredero de la política de Luis XI, velaba desde Venecia sobre las calaveradas del nuevo rey. Alejandro VI daba á Carlos palabras en lugar de la investidura del reino de Nápoles, donde volvía á ondear la bandera de Aragon. El pueblo había concebido horror hácia aquella soldadesca disoluta, y cuyos latrocinios eran incesantes; hasta en Francia se desaprobaba una expedición que comprometía, por intereses privados y no por un objeto nacional, las fuerzas del país en el extranjero, y la tranquilidad interior.

Carlos pensó, pues, en volver á sus Estados, dejando un virey y gobernadores en las plazas; lo cual, desmembrando su ejército, nacía la defensa de estas imposible, y rodeaba de peligros su retirada. Habiendo atravesado á Roma sin atreverse á castigar la perfidia de Alejandro, entró en el territorio florentino, que encontró sobre las armas; y fray Jerónimo, que lo había mantenido fiel al monarca, reprendió á este con franqueza su mala fe y los excesos de su ejército, con lo cual había venido á tierra la misión que Dios le había confiado, y acabó amenazándole con el castigo del Cielo. Después se creyó que había profetizado la muerte del delfín, que acaeció á los pocos días.

Carlos, á quien los suyos impidieron volverse á vender á Florencia la libertad de Pisa y Siena, después de haberla vendido ya á estas dos ciudades, abandonó la Toscana; pero los confederados italianos le cerraron el paso en Fornovo, á orillas del Taro, con fuerzas numerosas. Tan inminente pareció el peligro, que nueve guerreros se vistieron como el rey para distraer los golpes dirigidos contra su persona, y él mismo hizo un voto á San Dionisio y á San Martín (3). Pero los Italianos, montados en caballos mas débiles que los Franceses, y cu-

20 de
mayo.Batalla
de For-
novo, 6
de julio

(1) Malipieri escribe: « La Señoría no ha querido creer nunca que los Franceses viniesen á Italia; y el consejo de los pregados, fiyo en su idea, se resistía á dar crédito á los avisos que recibía de aquel reino... Parecía á la Tierra que no bajarían contra nosotros, y muchos creyeron lo que deseaban. »

(2) Malipieri de la lista de ellos *ad an.* 1495. Los capitanes llegaban á 63, á cuyas órdenes había cerca de 20,000 hombres, sin contar los soldados de á pie de la república.

(3) Llevaba siempre encima un precioso relicario con trozos del madero de la Sagrada Cruz, del velo de la Virgen, de la túnica del Salvador, de la esponja y de la lanza. Para mayor seguridad lo confió á su camarero, y cayó en manos de los Venecianos, como también un devocionario, en que había una oración manuscrita.

biertos de armas pesadas, caían á tierra en el choque, y una vez derribados, eran degollados por los escuderos; la infantería italiana no podía resistir á los Suizos y á la furia francesa; y Trivulzio, conociendo la indole de la caballería de Dalmacia y del Epiro, que formaba la fuerza de los Venecianos, abandonó los bagajes á su avaricia. Los Estradiotas se arrojaron sobre aquella presa, los infantes les siguieron, y pronto se completó la derrota. Un combate de pocas horas (1) fué sin embargo muy sangriento, pues los Franceses no daban cuartel, y se apresuraban á abrir el vientre de sus prisioneros con la idea de que se habían tragado el oro para impedir que cayese en manos del enemigo. De todos modos, Carlos se consideró feliz con poder continuar su precipitada marcha al traves de un país que le era contrario, y en medio de los mas ardientes calores del estío. Parte del ejército, que á las órdenes de Luis de Orleans se había adelantado por el Milanesado, fué sitiado vigorosamente en Novara (2) por los Milanese, y experimentó todos los padecimientos del hambre, hasta que Carlos, no pudiendo libertarla con las armas, lo consiguió con negociaciones. En esto llegaron los Suizos, que Carlos tenía á sueldo, y viendo burlada su esperanza de botín, se arrojaron sobre el campo frances; el rey se salvó con gran trabajo recurriendo á la fuga y prometiendo millon y medio de francos á aquellos amigos mas molestos que si fueran enemigos.

22 de octubre.

Volvió á presentarse Fernando en Nápoles, donde el pueblo le deseaba porque no estaba allí; los Franceses era i asesinados sin piedad; Próspero Colonna, Alfonso de Ávalos, marques de Pescara, Gonzalo de Córdoba, apellidado el Gran Capitan, y principalmente la peste, empeoraban cada dia mas la situacion del ejército, que no recibiendo socorros de Francia, se vió obligado á capitular.

20 de julio.

Tal fué el desenlace de la expedicion de Carlos VIII, sugerida por una vanidad pueril, conducida locamente, y terminada sin mas resultado que haber debilitado el ejército y el tesoro. Los efectos fueron muchos y deplorables. Nunca la diplomacia habia intrigado con tanta actividad; agriáronse los odios interiores, y trataron de apoyarse en los extranjeros,

(1) « Este combate duró desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde. » Carta del proveedor á la Señoría, con fecha del 7 de julio. Malipieri da muchos pormenores. « En Bolonia se han encendido fogatas, repicado las campanas y gritado mucho en honor de San Marcos, por la victoria del Taro. En Venecia ha habido procesion, lo mismo que en Mian y en Florencia, para tributar gracias á Dios por un don tan grande... Y se ha tratado en el consejo de los Diez de construir un monasterio de frailes observantes en Foronovo, y de dar á la Iglesia el titulo de Santa María de la Victoria, con 500 ducados de renta... El número de Franceses muertos es de 4,000. El que entregue al rey muerto, tendrá 30 m. ducados; y el que le entregue vivo en manos de los proveedores ó del duque de Milan, 30 m. ducados y dos castillos. La apuesta sobre la vida del rey es á 400 partidas. »

(2) El duque de Orleans hizo fabricar allí la primera moneda obsidional de cuero.

que seguros de encontrar favor en el territorio italiano, fijaron sus miradas en aquella parte, con la idea de conquista.

Fernando II de Aragon murió á la edad de 29 años, antes de perder el afecto de sus súbditos, y le sucedió su tío Fadrique II, querido ya de los suyos, y que aspiró á extinguir en ellos los celos y los odios. Carlos VIII, mediante el pago de una suma considerable, consintió en restituir á los Florentinos las fortalezas ocupadas; pero este hecho despertó las envidias: los Venecianos sostuvieron á Pisa, y continuaron los combates entre aquellos que acababan de sufrir la guerra extranjera, con la ferocidad que habian aprendido de los invasores.

Luis el Moro, que tenía á honor el haber con su astucia llamado y rechazado á los Franceses, castigado y repuesto á los príncipes de Aragon, premeditaba nuevos golpes, y con objeto de proseguir la guerra conservando sus ventajas, invitó á Maximiliano á ir á hacerse coronar. Este príncipe, que siempre sin dinero y embarazado por sus negocios, gustaba de mezclarse en los ajenos, prestó oídos á las sugerencias de su tío; pero llegó á Italia con tan pocas fuerzas, que no se encontró en estado de reducir á la obediencia á los que no querian someterse: avergonzado de su impotencia, buscaba los caminos poco transitados, evitando las ciudades. Los Italianos aliados contra Florencia le proporcionaron algun dinero y tropas; de suerte que pasó á Pisa y sitió á Liorna; pero pronto se vió obligado á volver á Alemania, dejando de él en Italia una idea cada vez mas desfavorable.

1436.

Pedro de Médicis, que no habia sabido aprovecharse del favor de Carlos para volver á Florencia, lo intentó dos veces á la sazón con ayuda de los aventureros de la Romanía, y poniéndose de acuerdo con los de adentro. El gonfalonero Bernardo del Nero y otros fueron acusados de haber tomado parte en la conspiracion, y condenados á muerte. ¡Ay del partido liberal el dia que se vea precisado á recurrir á la efusion de sangre! Los Piagnoni, que habian motivado aquella condena, decayeron en la opinion. Savonarola pareció un intrigante, cuyas pasiones desmentian sus palabras, y que anunciaba estúpidamente como un enviado de Dios á aquel inconstante é imbécil Carlos VIII. Mayor crimen pesaba sobre él, y era el atrevimiento con que reprendia los delitos á la familia del pontífice, en la que se multiplicaban los escándalos, y un hermano daba muerte á otro por no tener rival en el amor de su hermana. Alejandro VI le formó, pues, un proceso de herejía, le prohibió la predicacion, y excitó contra él á los partidarios de los Médicis, los oligarcas y la envidia de las demas órdenes. Protestó el fraile contra la injusta condena de que era objeto (1), y continuó predicando, sien-

1497. 21 de agosto.

Savonarola perdidido.

(1) Escribia al papa Alejandro: « Dignetur sanctitas vestra mihi significare quid ex omnibus que scripsi vel dixi sit

CAPÍTULO IV

Luis XII. — Los Borgas. — Julio II.

El dia en que el juicio de Dios por medio del fuego debía verificarse en Florencia, Carlos VIII murió en Paris á la edad de 28 años, dejando el recuerdo de un príncipe libertino, indolente, ambicioso é inconstante. Tuvo por sucesor á Luis XII, que malo como el duque de Orleans, educado en el libertinaje y en los excesos, con los cuales pareció que Luis XI, su suegro, habia deseado reducirle al estado de imbécil, cambió de naturaleza al subir al trono, y protegió los derechos del mayor número, de tal manera que fué apellidado padre del pueblo, y como para insultarle, aunque es su mayor elogio, padre de la plebe. Hablarémos en otra parte de lo que hizo por la Francia: respecto de la Italia, manifestó al tomar el título de rey de las Dos Sicilias y de Jerusalem, y el de duque de Milan, la intencion de sostener sus pretensiones como descendiente de Valentina Visconti y heredero del príncipe de Anjou (1). Fué impulsado á ello por la política interior y la exterior. La guerra se consideró siempre por los reyes de Francia como necesaria para deslumbrar, para ocupar en el extranjero las fuerzas turbulentas de la nacion, y proteger las fronteras mejor que con fortalezas. Por otra parte, si Luis hubiera dejado subsistir las pequeñas potencias de Italia, estas habrian concluido por oprimirle.

1497. 4 de abril.

27 de mayo.

Entre aquellos señoríos, predominaba entonces Luis el Moro, dotado de un ingenio muy activo y de un alma baja. Amaba las letras, y llamó á su corte á hombres científicos, á historiadores, formando con ellos una academia de bellas artes y de ciencias: aumentó la fábrica de la universidad de Pavia; hizo reformar sus estatutos; extendió el cultivo de la planta cuyo nombre llevaba; preparó en Milan el Lazareto (1489) quizá conforme al plano de Bramante, el cual atraído por él con un buen estipendio, construyó la tribuna y la cúpula de las Gracias, el vestíbulo de San Celso, la iglesia de San Sátiro y el claustro de San Ambrosio, mientras que Leonardo de Vinci pintaba la admirable Cena que se ve en las Gracias, y apli-

en Luca en las *Miscellaneæ del Baluzio* por Poggi, el año 1764, con una extensa apología: habiéndole contradicho un Florentino, empleó nuevos argumentos y anotó el proceso del fraile. *Miscell. Baluz.* t. IV, pág. 321. Francisco Meyer de Jena (1836), que ha publicado muchas cartas de Alejandro VI, presenta á Savonarola como el precursor y el émulo de Lutero. P. J. Carle (*Histoire de fra H. Savonarola*, Paris, 1842) le hace aparecer como un santo en lucha con las malas pasiones de su época, mártir de la verdad y la virtud: ortodoxo en la teología y moderado en la política, ataca los vicios cuyo norte constante es la venganza. En los *Documents inédits sur l'histoire de France*, tom. I, p. 774, Champollion Figeac publicó una carta de Luis XII á la Señoría de Florencia, en que la exhortaba á diferir á toda sentencia respecto de Savonarola hasta manifestar él su opinion. Véase la Aclaracion A.

(1) Luis, hijo segundo de Carlos V, se casó con Valentina Visconti, y tuvo de ella dos hijos: Carlos, que fundó la casa de Orleans, y Juan la de Angulema, habiendo ocupado ambos sucesivamente el trono. De Carlos nació Luis XII.

do mayor el número de oyentes cuanto mas se burlaban de él los Compagnacci y le anatematizaban los Agustinos. Francisco de Pulla, fraile francisco, le desafió á que probase la verdad de sus predicaciones con un milagro (1), ofreciendo entrar con él en el fuego, y estipulando que sería creído el que saliera sano y salvo. Puede calcularse si la multitud acogería con júbilo semejante espectáculo. Savonarola se negó á esta prueba impía, pero Domingo de Pescia, su discípulo, se prestó á ella. Preparada la hoguera, exigió Savonarola que su campeon entrase con la hostia consagrada; pero los Franciscanos se opusieron á ello obstinadamente. Pasóse el dia en estas disputas, y por la tarde una lluvia deshecha dispersó la multitud.

El entusiasmo, viéndose burlado, se convirtió en cólera y deseos de venganza. Fray Jerónimo fué insultado, y la Señoría pudo ya dejarle prender y enjuiciar sin temor. Diéronse por jueces quince de sus enemigos; pero sometido al tormento para que confesase la falsedad de sus revelaciones, desmintió por el contrario las calumnias, y sostuvo que no se creía inspirado; que se fundaba únicamente en las Santas Escrituras, y que no le movía la codicia ni la ambicion, sino el deseo de cooperar á la convocacion de un concilio, con el objeto de que se reformasen las costumbres como en los tiempos apostólicos. Condenado al fuego con fray Domingo y fray Silvestre Maruffi, cuando el obispo declaró al degradarlos que los separaba de la Iglesia como herejes, añadió Savonarola: *De la Iglesia militante*, y espiró con la confianza de entrar en la triunfante.

23 de marzo.

No fué un asesinato religioso, sino político, y mientras era maldecido por algunos como impostor y demagogo, otros le veneraban como santo. Viéronse de repente « aparecer escritos, pinturas significativas, medallas, donde estaba adornado con los títulos mas gloriosos » (Bartoli); poco tiempo despues, Rafael le pintaba en el Vaticano entre los doctores de la Iglesia; su retrato figuraba en Santa María Novella en uno de los vidrios que representan á Cristo predicando, y el nacimiento de Santo Domingo. Catalina de Ricci le invocaba en sus oraciones; lo que fué causa de que al tratarse de canonizar á esta, se comenzara á discutir sobre la inocencia de fray Jerónimo; y San Felipe Neri, que conservaba su retrato en su cuarto, rogaba á Dios que su memoria no fuese reprobada. No lo fué en efecto: antes bien se esparcieron por las casas, y guardaron imágenes y medallas donde se le designaba con el título de doctor y de mártir, y durante mas de dos siglos, en el aniversario de su suplicio, los jóvenes sembraban de flores el lugar manchado con aquel acto inicuo (2).

» revocandum et ego id libentissime faciam. » — 20 de setiembre de 1497.

(1) Tambien Carlos VIII le habia dicho: *Faites moi un petit miracle.*

(2) La vida de Savonarola, escrita por Burlamaqui, fué impresa